

Como quiera que sea, recordemos todas estas palabras de Jesucristo:

«Cuando habeis visto levantarse en el horizonte una ligera nube, decis inmediatamente: hé aquí la tempestad. ¡Hipócritas! sabéis distinguir perfectamente los aspectos del cielo y de la tierra, y no conocéis los tiempos actuales!» Y hablando con los dos discípulos que se dirigían á Emaús: «¡Oh ciegos, les decía, y tardos de corazón en creer todo lo que los profetas han anunciado!»

Que la generacion actual, tan ingrata al Espíritu Santo, no añada á la série de sus crímenes el ultraje supremo de menospreciar las advertencias, que siempre se ha dignado, y se digna todavía, enviarnos por medio de los profetas.

JUAN ESTEBAN DE CAMILLE.

(JOURNAL DE FLORENCE, 31 de marzo, 1874.)

A LOS AMIGOS DE LA VERDAD.

La Iglesia ha sido siempre perseguida; es su destino, y su gloria: sus anales no son otra cosa, que una dilatada série de luchas invariablemente coronadas por la victoria; sin embargo, los anales de la Iglesia nada presentan que se parezca al espectáculo, que en este siglo ofrece el mundo: la rebelion contra la verdad es general, el asalto es completo, el ataque, vivo en todas partes.

El campo que Cristo se habia formado en la tierra, rodeándolo de un vallado espeso é impenetrable al error, está abierto ahora á quien quiera que sea, donde amigos y enemigos se confunden juntos: se entra y se sale de él con la mayor indiferencia. ¿Dónde está la verdad; dónde la mentira? ¡Ah! no hay tiempo para ocuparse de una cuestion tan trascendental, y que parece ociosa á multitud de hombres de bien. Ahora, uno es cristiano por ciertos hábitos inveterados, ó anticristiano por otros hábitos más nuevos, pero con los cuales es muy facil acomodarse.

No se ataca ya á tal ó cual precepto de Cristo, ni á tal ó cual prerogativa de la Iglesia: la secta anticristiana prescinde de Cristo y de la Iglesia; ó por decirlo, mejor, finge prescindir del uno, y de la otra, para atacar indirectamente á entrambos en todos los actos de la vida pública ó privada, en todo el organismo social, en todas las combinaciones de la política. La investigacion de la verdad,

en el fondo de este inmenso caos turbulento y tenebroso, que se llama mundo moderno, es una tarea tan árdua de suyo, que requiere minuciosa y profunda meditacion, muy superior á las facultades intelectuales de las masas. Así es cómo la secta se ha apoderado de ellas, y las ha sometido; dejándolas creer, si bien les parece, que nada ha cambiado, y que pueden llamarse todavía cristianos.

La necesidad, evidente en nuestro concepto, de combatir la secta, do quiera se muestre, y donde un considerable número de nuestros hermanos no quieren, por desgracia, verla, es lo que nos hizo entrar en la lucha periodística. No nos preocupa la debilidad de nuestras fuerzas; sabemos que no somos invencibles; esta prerogativa es propia de la Iglesia; pero nuestro deber es unirnos estrechamente á ella, para lo cual nos basta renovar el juramento del bautismo.

Para trazar mejor este programa de fidelidad y afecto, nos hemos consagrado con exquisito cuidado y profunda atencion, á recoger en nuestras columnas cuanto se refiere á la persona venerable del Santo Padre, todo lo que él dice, y lo que se dice en torno suyo; las esperanzas y los temores de sus amigos, los manejos y las amenazas de sus enemigos. Carediendo del talento y del saber de tantos ilustres escritores polémicos, que nos han precedido en la defensa de la Iglesia, y que son la gloria de nuestra

época, nos hemos colocado, desde luego, en una situación libre de toda competencia con ellos; situación cual convenia á nuestras débiles fuerzas; limitándonos á aplicar á la vida social y política las enseñanzas de la Iglesia, y á reproducir las advertencias y los consejos que descienden de lo alto del Vaticano (1).

(1) *Ubi Petrus, ibi Ecclesia!* La actitud del insigne Juan Esteban de Camille; tan conocido, en Italia; por el pseudónimo del *Ermitaño*; y á quien, en ningún concepto; pretendíamos compararnos: su Programa de *fidelidad, amor y obediencia* á la Iglesia; y, por ende; al Papa; Vicario Infalible de Jesucristo, Señor Nuestro: su puesto, entre los defensores de la Verdad; cuya existencia es asunto, de tan poca monta; para las naciones y pueblos de nuestra edad revolucionaria, y sus inseguros gobiernos; que tanto se han embravecido, maquinando vanos proyectos; coligándose los Reyes de la tierra; y confederándose los principes contra el Señor, y contra su Cristo; pretendiendo romper sus ataduras, y sacudir los yugos de su yugo (Ps. II, 1, 2, 3). Esa misma es nuestra actitud; ese mismo, nuestro programa; ese mismo, nuestro puesto. Tal es, la significación de nuestra *Suma Filosófica*: con que tan mal se avienen ciertos espíritus, afectando un celo exagerado y meliticosos; que contrasta, visiblemente; con su escasa sumisión á la autoridad de la Iglesia Católica, Apostólica, Romana: columna, y fundamento de la verdad (I Tim. II, 15)... Una *defensa del Catolicismo, contra sus modernos adversarios*: como lo dice el título de la obra; la que lo presenta, á todas luces; triunfante, hoy; de todos sus enemigos; en el órden religioso, y científico; y, más allá; político, también: cuando haya resplandecido la misericordia, y el amor de Dios; como resplandecerá, sin duda! á no tardar; sobre todos los pueblos, y naciones.

No hay que echar en olvido; como, torpemente; lo hacen tantos! las Profecías bíblicas, y las llamadas *modernas*. En ellas, está cifrado; y, á las veces; escrito, con caracteres de fuego; el presente y el porvenir de la Iglesia, y del mundo: principalmente, en el *Apocalypsi*; en ese libro,

No obstante, nuestro pensamiento no ha sido todavía bien comprendido, y lo sentimos profundamente—no por nosotros, pues, bajo el punto de vista de los intereses materiales, no sería provechoso, que la Presidencia nos relevase del servicio que prestamos en las puertas del Vaticano—sino por el mundo cristiano. Quien consagra sus fuerzas á la defensa de la verdad, desea naturalmente verse rodeado del mayor número posible de personas, no por él, de quien no se trata, sino por el triunfo de la verdad que defiende.

El principal motivo de nuestra profunda tristeza procede de una sospecha amarga, que se ha apoderado de nuestra alma, y es,

tan sagrado como misterioso; pero, de cada vez; menos oscuro.—No hay que despreciar, con una falsa superioridad; hijo de la ignorancia, tan solo! la Mística cristiana, y la Teología diabólica: hermana desdeñada, de la Teología divina. Pues el *Anticristianismo*, cuando vuelva á señorearse del mundo—tras del *socialismo*; y, tantas veces; profetizado castigo; que lo espera—: dara, como su fruto natural; al Anticristo; nacido, desde 1859; y que será, su misma *Personificación*; así como Nuestro Señor Jesucristo fué, la *Realidad* de todas las figuras y personajes proféticos; que le anunciaban á los hombres.—La *Filosofía* y la *Teología, católicas*; abarcan; y sirven de base indestructible á todas las ciencias: ya que no pueden éstas manifestar verdades contrarias á la verdad absoluta, Dios; y á la verdad revelada; que toda se contiene en la Sagrada Biblia, y en los Archivos de la Iglesia Católica.—Y, así; estudiemos, por último; de buena fe; con piedad, perseverancia y alegría; y Dios se dignará derramar las bendiciones de su divina gracia; tanto, sobre los corazones; como, sobre los entendimientos de los que; hoy día; le rechazan; y blasfeman de su santo nombre; persiguiendo á su Iglesia: porque no los conocen, y no pueden amarlos!... «Padre, perdónalos: porque no saben lo que hacen» (Luc. XXIII, 34).—Y los que, aún; se precian de *Católicos* sigan defendiendo á la Iglesia; en todos los campos, en todos los climas, ante todos los gobiernos: recordando, en todos los azares de tan remida y peli-

que haya un considerable número de católicos, que se dicen, y son en realidad, adictos al Santo Padre, pero el interés que por él se toman es un interés á su manera, dista mucho de ser bueno. Se elogia al Papa más de lo que se le imita; se le ama más de lo que se le escucha: Pío IX no pide á nadie lisonjas; sus actos son su mejor elogio; lo que él pide, para el bien de todos —y no por el suyo, porque tiene la conciencia muy tranquila—es, que se preste atención á sus advertencias, y se pongan en práctica sus consejos.

Los elogios que se hacen de Pío IX, las sinceras demostraciones de cariño, de respeto y de veneración hacia el Jefe de la Iglesia, el óbolo que se ofrece á san Pedro, todo eso es bueno, excelente, laudable; pero, como puede ser pasajero, no basta. ¿Es eso acaso lo único que el Vicario de Jesucristo pide al pueblo cristiano? No: lo que él pide, es que nos asociemos, para oponer una fuerte barrera á las invasiones de la secta, desterrar la mala prensa, y proteger á la juventud. Lo que él pide es, que profesemos nuestra fe en alta voz, sin rubor ni respeto humano, en las calles y en las casas, en las asambleas y en la vida pública. Hé aquí, una condicion indispensable para nuestra salvacion y la de la sociedad; pero, la ejecucion de todo esto, les parece tan difícil á muchos católicos, que no se han decidido todavía á ponerlo en práctica.

Una pequeña anécdota expresará mejor nuestro pensamiento. Nos hallábamos, pocos dias há, en el salon de una dama que

grosa lucba; que «hemos de ser, discípulos de Cristo; pero que, no es discípulo de Cristo quien no es sincero, decidido y constante.»—Así habla el inmortal pontífice Pío IX!! (*)

N.

Barcelona, á 41 de abril 1874: fiesta de san Leon, el Magno; Papa y Doctor.

(*) Refiérase la nota anterior á la Obra, cuyo título completo es el que sigue: «*Suma Filosófica del siglo XIX; ó sea defensa del catolicismo contra sus modernos adversarios*: colección de documentos demostrativos de la doctrina de la Iglesia; en el órden dogmático, sobrenatural, filosófico, científico, político y social: formada por N. J. P. y P.»

se tiene por piadosa, como por tal la teníamos nosotros, hasta que el hecho, que vamos á referir, nos probó lo contrario. Esta dama quiso darnos una sorpresa. Sabó de un cejon un cofrecito que guardaba con exquisito cuidado: lo abrió, y sacando de él algunos centímetros cuadrados de paño blanco, nos dijo: hé aquí un objeto precioso: un pedazo de la sotana de Pío IX.

La sorpresa, en efecto, conmovió nuestro corazon, y empezamos á hablar del Augusto Cautivo, de sus padecimientos, y de los de la Iglesia... La dama lloró, y nosotros nos sentíamos enternecidos. De improviso, un lacayo entra, y pone encima de la mesa un diario. ¿Adivinareis cuál? *La Gazzetta d'Italia!*

—¿Para quién, señora, es esotra sorpresa?

—No hagais caso, caballero: este diario no es para vos; es el único que yo leo; pero por mera curiosidad; ya lo sabéis; la curiosidad es nuestro defecto.

—Demasiado lo sé, pues sin la curiosidad de Eva... Pero el Santo Padre ha prohibido la lectura de los periódicos que atacan la Iglesia, y difunden el menosprecio á nuestra santa religion, y la *Gazzetta* pertenece á esa clase de periódicos, y hasta es de los principales.

—Sí, sí, ya lo sé; mas conmigo lo hay riesgo. ¡Amo tanto á Pío IX!

—Pero ¿basta esto para dispensarse de escucharle?*

Efectivamente, para muchos católicos, el amor á Pío IX es tan heroico, que les dispensa de poner en práctica sus consejos. Y es, que, en el fondo de esa vida revuelta y agitada, que nos comunica el mundo moderno, cada uno se cree algo autorizado para formarse un catolicismo á su manera, que se adapte á los mil caprichos de ese mismo mundo, que la secta anticristiana trata de oponer al mundo eterno, al mundo de Cristo.

Con la mayor facilidad persuádense muchos, que les basta practicar el bien, sin que tengan necesidad de combatir el mal. He aquí la primera concesion que se hace á la secta; de ahí el inevitable desfallecimiento de la fe, que termina por una apostasia formal, sin que la persona misma que dá el escándalo, se aperceba siquiera de ello. La secta se apodera paulatinamente de las almas, dirige las conciencias, ó más

bien, las embota, y hace insensibles á la verdad: se creen todavía católicos, aman al Papa, sobre todo, si sus calidades se lo hacen simpático; pero ignoran lo que es la Iglesia, no tienen el menor conocimiento de sus deberes para con Dios; eligen entre los preceptos del cristianismo los que mejor les parecen, y dejan á un lado los que chocan con las exigencias del tiempo, que son las exigencias de la secta.

El mejor medio de obrar el bien es, y será siempre una firme resolución de combatir el mal. Si se prestase á los discursos del Santo Padre toda la atención que se merece, viérase, que en esa resolución se reasume toda su enseñanza. Jamás, en ninguna otra época, esta necesidad de luchar sin tregua y con la mayor constancia contra el mal, había sido más evidente que en el día. Si Pío IX se halla cautivo, es porque la idea de esa necesidad había desaparecido mucho antes del 20 de setiembre, merced á los pérfidos artificios de la secta, y de todos los gabinetes de Europa.

En efecto; la Roma de los Papas no ha caído sino en provecho de un solo Potentado. Los gabinetes de Europa ningún interés especial tenían en esta catástrofe; pues ni aun bajo el punto de vista puramente humano, podían prometerse de ella ventaja alguna. Empero, hubiese sido necesario protestar contra la violación del derecho de gentes, recordar las declaraciones tan explícitas y terminantes de M. Visconti-Venosta en vísperas de la invasión; en una palabra, era necesario combatir el mal, y ningún hombre de Estado creyó que este deber valiese la pena de borrar una hoja de papel.

Esta necesidad de combatir el mal, que ha desaparecido de las regiones oficiales, se impone á los pueblos cristianos. El Vicario de Jesucristo no cesa de inculcarla: no ha-

ce mucho la recordaba á la diputación de los católicos de todas las naciones. «Es necesario ser discípulo de Jesucristo, decía, contestando á la manifestación leída por el príncipe Landgrave Filrtemberg; es necesario ser discípulo de Jesucristo, y no lo es quien no es sincero, resuelto y constante.

Hay que retener bien estas palabras, porque son palabras de vida para el tiempo y para la eternidad; palabras de salvación, lo mismo para la sociedad, que para los individuos; palabras que designan las tres debilidades de los cristianos de nuestros tiempos. Se deja de ser católico sincero cuando se admiten reticencias y uno se arroga el derecho de elegir entre los deberes. Se deja de ser resuelto, cuando se procura, de cualquier manera que sea, sustraerse á la necesidad de luchar contra el mal; se deja de ser constante, cuando hoy se hace un acto de heroísmo cristiano, y mañana se transige con la secta.

Todas las reflexiones precedentes nos las han inspirado el amor ardiente de la verdad y de nuestro prójimo, y la convicción profunda de que no nos equivocamos, puesto que nos limitamos á repetir lo que la Iglesia enseña. ¡Pluguiera al cielo, que se aproveche de ellas el mundo católico! La salvación de la sociedad es más fácil de lo que á primera vista parece; á pesar de todos los trastornos causados por la secta, esa salvación está en manos de los católicos; y para alcanzar un completo triunfo, no se necesita sino que se unan para combatir con sinceridad, resolución y constancia, bajo el estandarte de Cristo y de su Iglesia.

JUAN ESTEBAN DE CAMILLE.

(JOURNAL DE FLORENCE, 9 de abril, 1871.)

LA SECTA Y SAN AGUSTIN.

Hemos salvado de las llamas, á las cuales destinamos todas las comunicaciones anónimas, la carta siguiente, por las razones que se comprenderán fácilmente, enterándose de la réplica que va á continuación de ella.

MONSIEUR J.—E.—CAMILLE,

Director del Diario de Florencia.

«Formamos parte de una reunión de amigos, que leemos con asiduidad vuestro diario, no porque participemos de vuestras opiniones, muy al contrario, vuestra polémica nos provoca á risa; empero, os reconocemos un mérito, y es, la franqueza; una cualidad, y es, que habláis claro. Decís perfectamente lo que queréis, y lo decís de manera, que todo el mundo puede comprenderos.

»Además, nos proporcionais un placer sensible, demostrando todos los días una verdad harto evidente, que los periódicos de vuestro color no se atreven á abordar, y es, que la fe vá debilitándose en todos los corazones, y que es considerable el número de los que, creyendo pertenecer todavía á la Iglesia, se dispensan de escucharla. Esta confesión, de vuestra parte, ¿no prueba, conforme nosotros lo creemos, que el Papa se equivoca, y que debe, por fin, ceder á las exigencias del siglo? Em-

pero, prescindamos de esta cuestión: otra es la que nos pone hoy la pluma en la mano.

»En vuestro diario del viernes (n.º 80) hablando de la comisión de D. Bosco en Roma, decís, que para convertir á los jefes de la secta, es necesario el trueno, y citais á San Pablo. Pregunto ahora; San Agustín ¿no había pertenecido también á la secta, que llamais anticristiana? ¿Qué trueno le arrancó de ella? El Diario de Florencia tenía la costumbre de ser un poco más exacto en sus citas históricas, pero después de este ejemplo tan desdichado, ¿qué tan tendrá fe en lo que nos referís del origen, del objeto, del programa, y de los trabajos de la secta?»

Más que nadie estoy yo expuesto á engañarme; por cuyo motivo doy cada día gracias á Dios por haberme dado un guía seguro en su Iglesia; procuro, empero, constantemente, no engañar al público; y para ello tengo una receta infalible, que consiste, en abstenerme de tratar multitud de cuestiones, que no conozco. Es posible, que si mi anónimo hubiera hecho uso, lo que es muy fácil, de mi receta, no me hubiese remitido la carta que se acaba de leer.

San Agustín perteneció, por espacio de ocho ó nueve años, á la secta anticristiana de su tiempo, la de Manés; pero pertenecía á ella de la misma manera, que ese grupo

de amigos, que me ha escrito desde el rincón de una Logia; pues el olor que despidió esa carta anónima es tan masónico, que cabe equivocación. Efectivamente, San Agustín, entró en la secta siendo joven y falto de experiencia; y cómo, por otra parte, era amigo de la verdad, se lo hizo creer, que renunciando á todas las supersticiones, para no admitir nada que no fuese discutido y aprobado por la razón, llegaría más pronto á poseer la *luz verdadera*, como el mismo Santo lo declara terminantemente en su obra de la *Utilidad de creer*.

Hablando de los jefes de la secta, yo no podía citar á San Agustín, que, lejos de llegar á ser jefe, ni siquiera fué admitido en las primeras iniciaciones de los misterios; así nos lo asegura él mismo en su obra contra la *Epístola de Fundamento*. Yo pedía á derecha é izquierda, dice el santo, lo que significaba la ceremonia tan solemne del *Bema*, el magestuoso ataud que se elevaba en el centro de la Logia, y al rededor del cual los adeptos hacían resonar, ora voces doloridas, ora cantos de triunfo; yo quería darme razón de la esplendor que se celebraba esta sola fiesta, mientras que todas las otras fiestas del cristianismo y del paganismo pasaban entre nosotros desapercibidas. No se me daba otra respuesta sino, que era preciso honrar la memoria de *aquel*, que, en realidad, había padecido por los hombres. (Lucifer) (*Ep. de Fund.*)

El trueno, pues, no era necesario para san Agustín, como, probablemente, no lo es tampoco para el grupo de amigos que me ha escrito, y que, evidentemente, forma parte de esa muchedumbre inscrita en los registros de la secta, y que trabaja para ella, sin saber lo que hace. En tal caso, basta una firme resolución de recobrar la libertad de la razón, y de servirse de ella para reconquistar la verdad; porque en las Logias, donde tanto se habla de *libertad*, de *razón*, y de *verdad*, el individuo pierde hasta la última noción de esas tres cosas: entra en la secta con los ojos vendados, y se condena á ser conducido siempre por una mano desconocida y que ha renunciado á conocer. Una situación tan degradante era, por cierto, poco satisfactoria, para que pudiera permanecer en ella por largo tiempo un hombre del temple de Agustín.

Empero, si el gran teólogo del África no

obtuvo de los Venerables de las Logias el honor de la iniciación, supo, con su incomparable genio, penetrar sus misterios. Animado, y devorado de un santo ardor por la causa de la verdad, mostróse, después de su conversión, implacable con la secta: no le concedió tregua, ni descanso; su mirada de águila, penetrando en las tinieblas de lo porvenir, le hizo prever, que esa secta preparaba la perdición del género humano. Solo así se explica su constancia en combatirla.

Todos los errores de su época hallaron en el Obispo de Hipona un invencible antagonista; pero ningún error atacó con tanto vigor y perseverancia como los errores de Manés. Contra el *hijo*, y los *nielos de la viuda* (tales se titulaban todavía entre sí los francmasones de nuestros días) sus ataques fueron incansables: desplegó contra ellos todo su celo; agotó en la lucha su inmenso saber y todos los recursos de su poderosa dialéctica, como lo demuestran el tratado de las costumbres de los Maniqueos y de las costumbres de la Iglesia; los Tres libros del Libro Arbitrio, los dos Sobre los primeros capítulos del Génesis, el tratado sobre la Utilidad de creer, y el otro De las dos almas, el libro de la Disputa contra Fausto, el otro Contra Adimante, el otro Contra la Epístola llamada del Fundamento, los Treinta y tres libros contra el mismo Fausto, los dos De los Actos de Félix Maniqueo, y los otros dos Contra el adversario de la Ley y de los Profetas.

Pudiera todavía citar otros tratados; empero, la enumeración que acabo de hacer, aunque incompleta, de los trabajos del incomparable doctor contra la secta anticristiana: de su tiempo, basta para demostrar la importancia excepcional que le daba, á fin de precavar al mundo cristiano de esa especie de enemigos. Con las obras de San Agustín en la mano, podemos reconocer con suma facilidad al francmasón de nuestros días; tan cierto es, que la secta anticristiana, distinguiéndose de todas las herejías—ha continuado siendo una en su objeto, en su programa, en sus misterios, y en sus procedimientos.

El santo Obispo de Hipona nos enseña, que los Maniqueos, sumamente hábiles en el disimulo, maestros consumados en hipocresía, poseían un arte maravilloso para engañar y seducir. (*Confesiones, Ep. de Fund.*)

De las Dos almas.) Dícenos también, cuán difícil es, que los ya iniciados en la secta se conviertan. (*C. Fausto. Ep. de Fund.*), y nos asegura, que los Maniqueos, blasfemando de los patriarcas y de los profetas, cuyos oráculos interpretan á su manera, sostienen, que la ley mosaica es la obra del Dios malo; y que el Dios bueno, tuvo que sostener una lucha en el cielo contra los agentes del Dios malo, que fué de él echado injustamente. (EPIST. CCXXXVII.)

Y si proseguimos heciendo sus obras completas, sabremos igualmente, que en la secta anticristiana de su tiempo, existían las mismas distinciones hierárquicas, que existen aún en las logias de nuestros días, *adiores*, *elegidos*, *iniciados*, etc.; pero, que el secreto principal estaba reservado á un corto número de individuos, que lo ocultaban con todo cuidado (*Cont. Fausto y Fel.*); y que por medio de los libros que distribuían gratuitamente, propagaban sus doctrinas, y multiplicaban los afiliados (*Ibid.*); y finalmente, que empleaban entre ellos señales convencionales, señales con la mano, con la boca, etc. (*Cost. de los Man.*)

Esa secta enemiga de Cristo está todavía en pie. Manés no la creó: tomó prestadas sus doctrinas á los gnósticos, que eran los depositarios del misterio de iniquidad; doctrinas que obraban en el fondo de toda la mitología antigua. Cromwell recibió los restos de la secta, que habían escapado á la doble espada de la autoridad eclesiástica y civil, y apoyó en las doctrinas de ella su dominación tiránica en Inglaterra: la Revolución del 89 le abrió las puertas del continente.

Y esa misma secta enemiga de Cristo, no solo está todavía en pie, sino que triunfa por do quiera, porque en parte alguna hay una fuerza organizada, que se oponga á su obra destructora. Aunque parezca increíble, ha alcanzado, por fin,—¡lúgubre señal de nuestros días!—á poner su mano sacrilega sobre el Vicario de Jesucristo, con la complicidad explícita ó tácita de todos los gobiernos; su trabajo de seducción gana y ciega al mundo entero; y cuanto más ella derriba el edificio cristiano, tanto más el mundo cristiano se obstina en dejarle toda libertad para obrar.

Los amigos que me han remitido su carta colectiva ignoran ciertamente, que ante todo, son un grupo de amigos de Satanás, ligados á él por juramentos solemnes, y que con él trabajan contra nuestro divino Redentor. Ellos insistirán, como siempre, en decir, que no creen en Dios ni en el diablo, y que no obedecen sino á la sola razón; mas esta razón orgullosa, de la cual se suponen tan celosos, no la poseen; pues obedecen á un poder oculto, al cual han renunciado perpetuamente conocer.

¡Plegue al cielo, que estos amigos, como Agustín, abran los ojos á la evidencia, y salgan de las densas tinieblas, en las que Satanás les tiene sumidos, y se dediquen á buscar la *luz verdadera*! Tal es mi más sincero y ardiente deseo.

JUAN ESTÉBAN DE CAMILLE.

(JOURNAL DE FLORENCE, 1 de abril, 1874.)